EL MINISTERIO APOSTÓLICO A LA LUZ DEL EVANGELIO

La novedosa propuesta del Vaticano II

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v60i211.215>

SANTIAGO GUIJARRO OPORTO*

Uno de los logros más notables del Concilio Vaticano II ha sido, sin duda, una renovada comprensión del ministerio apostólico. Al igual que ocurrió con otros temas conciliares, también en la reflexión sobre este aspecto fundamental de la vida de la iglesia fue determinante la vuelta a las fuentes. La forma en que Jesús y los apóstoles desempeñaron su misión se convirtió así en la referencia fundamental de una comprensión del ministerio que resulta muy novedosa cuando la situamos en el trasfondo de la visión que se tenía de él antes del concilio¹.

1. EL «GIRO» CONCILIAR EN LA COMPRENSIÓN DEL MINISTERIO

En el comentario a la constitución *Lumen Gentium* dirigido por Guillermo Baraúna, uno de los primeros y de los mejores que se han hecho a este documento, el entonces profesor del Instituto Anselmiano de Roma, Magnus Löhrer, hablando sobre «la jerarquía al servicio del pueblo cristiano», hace la siguiente observación: «El Concilio, por el hecho de resaltar la idea de 'servicio', hace suya una importante página teológica bíblica y saca a la luz un aspecto eclesiológico que, a causa de una multisecular concepción excesivamente jurídica del ministerio, había estado demasiado oculto y, por eso, apenas había sido elaborado teológicamente»².

Aunque no lo cita expresamente, esta observación tiene presente el inciso explicativo que se hace en el número 24 de la Constitución sobre la Iglesia a propósito del ministerio de los obispos. En este párrafo, que es clave para entender la visión conciliar del ministerio, después de describir cuál es el encargo que los

* Sacerdote Operario Diocesano. Catedrático de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia de Salamanca.

1. Este trabajo es una versión revisada de la lección presentada en el curso «El cristianismo ante el siglo XXI» impartido por la escuela de teología «Karl Rahner – Hans Urs von Balthasar» durante el verano del año 2013 en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo.

2. M. Löhrer, *La jerarquía al servicio del pueblo cristiano*, en G. Baraúna, *La Iglesia del Vaticano II. Estudios en torno a la Constitución conciliar sobre la Iglesia*, Barcelona 1966, 715-729.

obispos han recibido del Señor y cómo para llevarlo a cabo cuentan con la fuerza del Espíritu Santo, se explica la naturaleza de su oficio: «Este oficio (*munus*), que el Señor confió a los pastores de su pueblo, es un verdadero servicio (*servitium*) que en la Escritura recibe significativamente el nombre de *diakonía*, o ministerio (*ministerium*) (cf. Hch 1, 17. 25; 21, 19; Rom 11, 13; 1Tim 1, 12)».

La referencia explícita a la Escritura en este inciso explicativo tiene por objeto definir de forma precisa e inequívoca el significado del término *ministerium* que es el que utilizan los documentos del Concilio para referirse al ministerio ordenado. Según el Concilio, este ministerio debe entenderse en el marco de lo que se dice en la Escritura acerca de la *diakonía*, sobre todo lo que se dice en el Nuevo Testamento, como indica el hecho de que todas las citas que se aducen como referencia estén tomadas de los escritos neotestamentarios.

Para comprender la novedad de esta visión del ministerio es necesario tener presente que en la etapa preconiliar la visión dominante estuvo determinada, como afirma Löhrer, por una «concepción excesivamente jurídica del ministerio». Esta concepción, que subrayaba la separación entre el pueblo de Dios y sus ministros, y acentuaba el poder conferido a estos últimos y el carácter sacral del ministerio, tenía hondas raíces. Se había ido fraguando en la concepción medieval que entendía el ministerio como parte de un orden social jerárquico; se había afirmado en la contrarreforma frente a la visión de los reformadores que sustituían la potestad de los sacerdotes por el ministerio de la predicación, y se había consolidado en la época moderna hasta llegar a establecer una distinción entre los ministros ordenados y todos los demás fieles comparable a la que existía entre los cristianos y los no cristianos³.

Sobre el trasfondo de esta multisecular concepción del ministerio, la propuesta del Concilio, que es fruto de la vuelta a las fuentes operada en la mejor teología del siglo XX, aparece como algo verdaderamente novedoso⁴. Su pretensión es, nada más y nada menos, que recuperar la visión del ministerio que se fue configurando en los orígenes del cristianismo; una visión, por cierto, que se inscribía en coordenadas muy distintas y que acentuaba rasgos muy diferentes a los que definían la visión preconiliar.

Uno de los rasgos más característicos de esta visión bíblica del ministerio es, como ya hemos visto, el del servicio, la *diakonía*, que define su naturaleza más profunda. Otro rasgo que tanto el Concilio como los documentos postconciliares recuperaron decididamente es el que se trasparenta en la imagen del pastor. El Concilio recuperó también la terminología del Nuevo Testamento al llamar «presbíteros», incluso en el título de uno de sus decretos (*Presbyterorum Ordi-*

3. Una panorámica más detallada de esta evolución puede verse en G. Greshake, *Ser sacerdote hoy*, Salamanca 2003, 30-42.

4. Puede verse la reflexión sobre la autoridad como servicio que publicó por entonces uno de los teólogos asesores del concilio: Y. M. Congar, *Pour une Église servante et pauvre*, Paris 1963, 19-76.

nis), a quienes hasta entonces eran llamados «sacerdotes». Con este tipo de propuestas, el Concilio abrió un nuevo horizonte a la comprensión del ministerio, aunque también dejó sin resolver numerosas cuestiones.

Tanto el nuevo horizonte abierto por el Concilio como las cuestiones que quedaron sin resolver, han propiciado una amplia reflexión sobre el ministerio en la teología postconciliar⁵. En este trabajo mi intención no es exponer estas interesantes discusiones, sino más bien presentar el logro fundamental de la teología del ministerio en el siglo XX, es decir, la nueva comprensión del mismo a la luz del evangelio propiciada por la vuelta a las fuentes.

No pretendo abarcar, por tanto, todas las cuestiones que suscita la actual reflexión sobre el ministerio, sino tan solo algunos aspectos que definen esta nueva comprensión. De hecho, voy a centrarme solo en tres cuestiones que me parecen fundamentales para valorar lo que ha supuesto el «giro» conciliar, y que pueden ayudar a seguir avanzando en una comprensión del ministerio cada vez más inspirada en el evangelio. Formuladas como preguntas, estas tres cuestiones serían las siguientes:

a) ¿Encierra el término *diakonía* lo más esencial y característico de la comprensión cristiana del ministerio tal como este aparece en el Nuevo Testamento?

b) ¿Qué implicaciones tiene la elección de la imagen del pastor como símbolo fundamental de la misión propia del ministerio? ¿Es este un símbolo suficientemente expresivo y representativo de una visión evangélica del ministerio?

c) ¿Cómo integrar en la visión católica del ministerio la rica experiencia ministerial de las primeras comunidades cristianas que encontramos en los escritos del Nuevo Testamento?

2. EL MINISTERIO COMO SERVICIO

Uno de los rasgos más característicos del «giro» conciliar con respecto al ministerio es, como hemos visto, el paso de una concepción jurídica a una comprensión del mismo más inspirada en el testimonio bíblico. La primera insistía en la separación entre laicos y ministros, otorgando a estos últimos un poder sobre los primeros. La segunda, sin embargo, subraya que los ministros deben realizar la misión que les ha sido encomendada como un servicio.

En los textos conciliares se precisa en qué consiste este servicio citando algunos textos del NT. Casi todos ellos se refieren a Jesús, que con su entrega a la muerte tomó la «forma de Siervo», mostrando así que no había venido a ser servido, sino a servir. Los dos pasajes más citados, son, en efecto, el himno que San Pablo refiere en la carta a los Filipenses (Flp 2, 6-9), y el dicho sobre el servicio del Hijo del hombre, que Marcos pone en boca de Jesús (Mc 10, 45).

5. G. Greshake, *Ser sacerdote...* 43-60.

El primero se cita en relación con el ministerio en *Presbyterorum Ordinis* 15: «Con esta humildad y obediencia responsable y voluntaria, los presbíteros se identifican con Cristo, teniendo los mismos sentimientos que Cristo Jesús, que *se despojó de su rango tomando la forma de siervo (formam servi)...*, obedeciendo hasta la muerte (Flp 2, 7-9)».

El segundo aparece en *Lumen Gentium* 27 referido al ministerio de los obispos: «El obispo, enviado por el Padre de Familia para gobernar su familia, debe tener ante sus ojos el ejemplo del Buen Pastor, que *no vino a ser servido, sino a servir* (cf. Mt 20, 28; Mc 10, 45) y dar su vida por las ovejas (cf. Jn 10, 11)».

Y en *Optatam Totius* 4, referido a los que se preparan para el ministerio: «Tienen que prepararse, finalmente, para el oficio del pastor: para que sepan hacer presente entre los hombres a Cristo, que *no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos* (cf. Mc 10, 45; cf. Jn 13, 12-17), y haciéndose servidores de todos, ganen a muchos (cf. 1Co 9, 1)».

Es interesante observar cómo en estos dos últimos textos, el dicho sobre el servicio del Hijo del hombre se relaciona con el ejemplo del Buen Pastor o con el futuro ejercicio del oficio de pastor. Ambos textos tienen en común la referencia a la entrega de Jesús, que es la clave para comprender de qué servicio se está hablando y qué es lo que define la misión del pastor. Nos centramos ahora en el primer aspecto: el servicio.

En el Nuevo Testamento, tanto el sustantivo *diakonos* como el verbo *diakoneo* poseen una amplia gama de significados, que van desde la acepción más común: servir a la mesa (Mc 1, 31); hasta las más específicas que definen diversos servicios a la comunidad (1Cor 12, 5)⁶. En diversos textos, principalmente en las cartas de San Pablo, este término se utiliza para definir el ministerio que algunos discípulos ejercen con respecto a otros dentro de las comunidades recién fundadas. Ahora bien, el referente fundamental de este uso cristiano del verbo *diakoneo* y del sustantivo *diakonos* son las palabras y las acciones de Jesús. En ellas, y en la forma en que fueron comprendidas durante la generación apostólica, es donde reside esta peculiar comprensión del servicio que inspiró la visión cristiana del ministerio.

Dos dichos de Jesús, uno prepasual y otro formulado probablemente después de la Pascua, resumen toda su actuación en clave de servicio⁷. El primero de ellos lo sitúa Lucas en el contexto de la última cena, como colofón a la enseñanza a los discípulos sobre el servicio que ellos deben ejercer. En él, Jesús pregunta a sus discípulos: «¿Quién es mayor, el que está sentado a la mesa o el que sirve? ¿No es, acaso, el que está sentado a la mesa?» Y declara, a continuación: «Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve» (Lc 23, 27). El segundo,

6. El mejor trabajo hasta la fecha sobre el uso del término *diakonia* en el Nuevo Testamento y su contexto es el de J. N. Collins, *Diakonia. Re-Interpreting the Ancient Sources*, Oxford 1990.

7. Sobre la *diakonia* de Jesús, véase J. N. Collins, *Diakonia...* 46-62.

situado en un contexto similar del Evangelio según Marcos, es el dicho citado por los textos conciliares: «Pues el hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y entregar su vida en rescate por muchos» (Mc 10, 45).

El mensaje de estos dichos se expresa de forma plástica en el gesto del lavatorio de los pies que narra el Evangelio según Juan (Jn 13, 3-17). Situado en un contexto de despedida, las palabras de Jesús que lo explican convierten a este gesto en un referente para la vida de los discípulos, pues ellos son los únicos destinatarios de esta enseñanza última de Jesús, al igual que lo habían sido de las palabras que resumían su actuación en términos de servicio.

Hay todavía otro rasgo que caracteriza de forma precisa el servicio al que se refiere Jesús, pues tanto en los dichos como en el gesto de lavar los pies, el servicio del que habla Jesús está íntimamente relacionado con su entrega y su pasión. Esta comprensión de la entrega de Jesús como un servicio llevó a los primeros cristianos a identificarlo como el Siervo y a afirmar, como hace el himno de Filipenses, que había adquirido la «forma de esclavo» (*morphe doulou*).

Teniendo como fondo esta comprensión particular y precisa del servicio, el verbo *diakoneo* y el sustantivo *diáconos*, pasaron a designar en los grupos cristianos el ministerio y la misión de Jesús. Y fue esta comprensión del ministerio de Jesús lo que inspiró la forma particular de comprender el ministerio que encontramos en los textos del Nuevo Testamento. Esta comprensión aparece por lo menos en tres tradiciones independientes, lo cual no solo revela que tenía unas raíces hondas, sino también que puede considerarse un rasgo de la vivencia cristiana del ministerio entre los primeros cristianos.

a) *Los Doce*

De las tres enseñanzas de Jesús que siguen a los tres anuncios de la pasión, las dos últimas se dirigen solo «a los Doce», es decir, al grupo que Jesús había congregado en torno a sí para ejercer una tarea con respecto al resto de sus discípulos y seguidores (Mc 9, 35-37; 10, 41-45). Estas enseñanzas se refieren al modo en que deben ejercer su tarea, y en ambos casos, los Doce son invitados a hacerse «servidores» de los demás: «Si alguien quiere ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos» (Mc 9, 35); «el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor» (Mc 10, 43).

La ambientación de estos dichos en el contexto de las discusiones de los discípulos sobre quién ocupará los puestos más importantes refleja una situación característica de los primeros grupos cristianos, que, al tener que organizarse, experimentaron la tentación de hacerlo según los esquemas de su entorno. De hecho, ambos dichos parecen haber sido modificados como consecuencia de esta nueva situación, pues en ambos casos se han añadido alusiones explícitas al servicio. En el primero se ha añadido la expresión «y el servidor de todos» a un dicho construido sobre la antítesis primero-último: «Si alguien quiere ser el primero, que sea el último de todos 'y el servidor de todos'» (Mc 9, 35). Por su par-

te, en el segundo, construido también antitéticamente, la contraposición lógica (grande-pequeño) parece haber sido modificada para caracterizar a los líderes como «servidores»: «el que quiera ser grande entre vosotros, que sea 'vuestro servidor'» (Mc 10, 43). Esta insistencia en el servicio queda muy subrayada al colocar al final el dicho sobre la entrega del Hijo del hombre, que no ha venido a ser servido, sino a servir entregando su vida por todos (Mc 10, 45)⁸.

b) *Pablo y sus colaboradores*

En el epistolario paulino ambos términos designan la condición y la actuación de Pablo y sus colaboradores en relación con las comunidades fundadas por ellos. Pablo utiliza también el término apóstol (*apostolos*), sobre todo cuando quiere subrayar su autoridad con respecto a dichas comunidades. Sin embargo, cuando quiere expresar lo que constituye la esencia del ministerio, lo define como un servicio.

En la carta sobre el ministerio, que ahora se encuentra insertada en la Segunda carta a los corintios: una carta en la que trata de expresar cómo entiende él el ministerio, solo utiliza la terminología del servicio. Pablo y sus colaboradores hablan así del ministerio en una situación en la que se estaba abriendo paso otra forma de entenderlo y vivirlo que se inspiraba en los modelos veterotestamentarios (Moisés como modelo), y más acorde con las formas de ejercer la mediación religiosa en el entorno social de los corintios. Pablo y sus colaboradores insisten en definir el ministerio como un servicio porque era así como lo había entendido Jesús. Fue su deseo de ser fieles a Jesús lo que les dio fuerza para contrarrestar aquella otra visión del ministerio que había encontrado eco entre los corintios⁹.

c) *Los ancianos*

Aunque no se usa explícitamente el verbo *diakoneo* ni el sustantivo *diakonos*, la exhortación que se dirige en 1Pe a los ancianos (*presbyteroi*) evoca claramente la instrucción de Jesús sobre no imitar a los reyes de las naciones que ejercen su dominio sobre los pueblos. En contraste con esta actitud, lo mismo que a los Doce en la tradición recogida por Marcos, aquí a los ancianos se les exhorta a pastorear el rebaño «no ejerciendo vuestro dominio (*katakyrieuontes*) sobre la heredad recibida, sino convirtiéndoos en modelo del rebaño» (1Pe 5, 3). En la Primera carta de Pedro se presenta a Jesús como el Siervo cuya entrega es un ejemplo para todos los que le siguen (1Pe 2, 21-23). Del mismo modo, los líderes están llamados a convertirse en modelo para la comunidad¹⁰.

8. Véase S. Guijarro, *Servidores de Dios y esclavos vuestros. La primera reflexión cristiana sobre el ministerio*, Salamanca 2011, 63-66 y la bibliografía allí citada.

9. S. Guijarro, *Servidores de Dios y esclavos vuestros*, 59-62 y 66-68.

10. J. H. Elliott, *Elders as Leaders in 1 Peter and the Early Church*: *Hervordene Theological Studies* 64 (2008) 681-695.690.

Estas tres tradiciones independientes insisten unánimemente en que el ministerio debe ser entendido y ejercido como un servicio. A la hora de definir y caracterizar este servicio, las tres toman como referencia el ministerio de Jesús y su misión entendida como un servicio que se consuma en su entrega pascual. Las tres, en fin, definen el ministerio cristiano desde estos parámetros en contraste con otras formas de ejercer la mediación religiosa o la autoridad.

Aparecen así tres rasgos característicos de la comprensión del ministerio entre los primeros cristianos: a) El ministerio es un servicio; b) que tiene como modelo la entrega de Jesús; c) en contraste con otras formas de ejercer la autoridad o la mediación religiosa. Los tres han sido asumidos por la teología postconciliar del ministerio. No resulta, sin embargo, tan claro que hayan sido asumidos en la práctica y de forma universal por quienes ejercen el ministerio. Queda pendiente una profundización en el ámbito de la reflexión, y sobre todo una decidida política eclesial para que esta comprensión del ministerio como servicio se traduzca en formas concretas de un ejercicio más evangélico, es decir, según el ejemplo de Jesús, del ministerio.

3. LA IMAGEN DEL PASTOR

En los textos del Concilio Vaticano II, la categoría bíblica de la *diakonia* como rasgo distintivo del ministerio está estrechamente unida a la imagen del pastor. De hecho, en uno de los textos antes citados de *Lumen Gentium* (LG 27) estas dos perspectivas se funden al identificar al Hijo del hombre que no ha venido a ser servido, sino a servir, con el Pastor que da la vida por sus ovejas: «El obispo... debe tener ante sus ojos el ejemplo del Buen Pastor, que *no vino a ser servido, sino a servir* (Mc 10, 45) y *dar su vida por las ovejas* (Jn 10, 11)».

La imagen del Buen Pastor aparece varias veces en relación con el ministerio, y en todos los casos se subraya como rasgo más característico el hecho de que dio su vida por las ovejas. Así, además del texto antes citado, en *Lumen Gentium* 6: «Aunque son pastores humanos quienes gobiernan a las ovejas, sin embargo, es Cristo mismo el que sin cesar las guía y alimenta; Él, el Buen Pastor y Cabeza de los pastores (cf. Jn 10, 11; 1Pe 5, 4), que dio su vida por las ovejas (cf. Jn 10, 11-15)».

Por eso, los presbíteros deben dar su vida por las ovejas y hacerse modelos del rebaño (LG 41 citando 1Pe 5, 3), ya que, como afirma *Optatam Totius* al hablar de los futuros ministros, «al gobernar y apacentar al Pueblo de Dios, el amor del Buen Pastor les impulsa a dar la vida por sus ovejas (Jn 10, 11)» (OT 13).

Esta imagen del pastor como referente simbólico fundamental para el ministerio quedó reforzada en la época posterior al concilio con la publicación de la exhortación postsinodal *Pastores dabo vobis* en 1992. En ella, en efecto, dicha imagen aparece en primer plano, pues en su mismo título se evoca toda una tradición veterotestamentaria que da sustento y trasfondo a los textos evangélicos

en los que Jesús aparece como Buen Pastor que da la vida por sus ovejas. Esta tradición, interpretada existencialmente por Jesús, es la que se propone como referente fundamental para el ministerio.

En efecto, la imagen del pastor tiene hondas raíces bíblicas. En la experiencia orante de Israel, Dios es invocado como el Pastor que guía a su pueblo (Sal 23), mientras que en su vivencia histórica este único Pastor se hacía presente a través de reyes y profetas, que, como guías del pueblo, eran considerados también pastores. Estos pastores, sin embargo, no siempre habían actuado «según el corazón» de Dios, y por eso, en la conciencia colectiva de Israel estuvo siempre presente el anhelo de que Dios enviara un pastor «según su corazón»¹¹.

Recogiendo esta esperanza, los primeros cristianos identificaron a Jesús como el Buen Pastor. Esta identificación pudo tener su origen en sus mismas palabras que hablaban del pueblo como «ovejas sin pastor» (Mc 6, 34 par.) y describían a sus seguidores como «pequeño rebaño» a quien el Padre había decidido entregar el reino (Lc 12, 32).

La designación de Jesús como Buen Pastor es, muy probablemente, postpascual. La encontramos como una expresión conocida en la Carta a los Hebreos (Heb 13, 20: El gran pastor de las ovejas) y en la Primera carta de Pedro (1Pe 2, 25: el pastor y supervisor –*episkopon*– de nuestras almas). Pero es en el Evangelio de Juan donde esta imagen encuentra un desarrollo más explícito, y donde se vincula más estrechamente a la entrega de Jesús (también en los relatos de la pasión cuando citan Zac 13,7: «heriré al pastor y se dispersarán las ovejas»). Si algo caracteriza al Buen Pastor es que él entrega su vida por las ovejas (Jn 10, 11). La figura del Buen Pastor queda así vinculada a la del Siervo: Jesús es el Buen Pastor en la forma del Siervo.

Esta imagen del Buen Pastor inspiró una forma particular de entender la tarea de quienes tenían encomendado un servicio a favor de la comunidad. Así, a los ancianos de las comunidades a las que se dirige la Primera carta de Pedro se les exhorta a «apacentar el rebaño de Dios a ellos confiado» (1Pe 5, 2), y en el libro de los Hechos Pablo se despide de los responsables de la iglesia de Éfeso, exhortándoles a «apacentar la Iglesia de Dios» (Hch 20, 28). El mismo Jesús, según el Evangelio de Juan, había dicho a Pedro: «apacienta mis ovejas» (Jn 21, 16). Y en la Carta a los Efesios el título de pastor aparece referido a un ministerio, junto a los de apóstol, profeta, evangelista y maestro (Ef 4, 11).

La recuperación de este símbolo fundamental en la teología del siglo XX sobre el ministerio ha dado lugar a un nuevo paradigma teológico que ha desplazado el centro de interés desde las tareas (lo que los ministros pueden hacer o la potestad que pueden ejercer) hacia la representación sacramental de Cristo Pastor. Este nuevo paradigma tiene importantes consecuencias para la comprensión y

11. Véase E. Bosetti, *Il Pastore: Cristo e la chiesa nella Prima lettera di Pietro*, Bologna 1990, 227-249.

la vivencia del ministerio¹². Por eso, conviene preguntarse si este es un símbolo suficientemente expresivo y representativo de la visión evangélica del ministerio.

Lo primero que hay que decir en este sentido es que la imagen del pastor no es la única que utiliza el NT para describir el servicio de Jesús y de quienes, después de él, ejercieron un ministerio a favor de los demás discípulos. El mismo Jesús usó otras imágenes para referirse a sus enviados, y en las primeras comunidades, como hemos visto, además del título de pastor, se utilizaron otros muchos.

¿Por qué, entonces, la teología sobre el ministerio se ha concentrado tanto sobre la imagen del pastor? Esta elección, de hecho, supone una comprensión del ministerio y una toma de posición con respecto a su naturaleza y función. Hay dos claves que parecen haberla guiado. La primera es su orientación cristológica. La segunda, su perspectiva postpascual.

La orientación cristológica se advierte en el hecho de que la comprensión católica del ministerio no tiene como referente fundamental la vivencia de los apóstoles y discípulos, sino al mismo Jesús. No ha asumido, por ejemplo, los términos con los que Jesús designó a sus enviados (pescadores, jornaleros). Estos términos estaban tomados de oficios comunes y revelan que Jesús no concibió la misión de sus discípulos como un quehacer organizado y estable, sino en términos de un trabajo temporal, que se realiza al servicio de otro. Pero tampoco ha asumido la mayoría de los términos utilizados en las primeras comunidades cristianas para designar diversos ministerios (ancianos, apóstoles, profetas, evangelistas, maestros...).

La referencia fundamental del ministerio cristiano, según la tradición católica, es Jesús. Por eso, en ella es clave el concepto de la *representatio Christi*, que define el ministerio como sacramento, o sea, como una realidad de este mundo que remite y visibiliza una realidad salvífica: el presbítero es, en este sentido, símbolo que remite a una presencia particular de Cristo. No es «otro Cristo», ni un «vicario de Cristo», sino «signo de Cristo», signo de una presencia suya particular¹³.

La segunda clave, la perspectiva postpascual, se pone de manifiesto en el hecho de que se haya elegido como referente una imagen de Jesús formulada después de la experiencia pascual. Aunque Jesús utilizó la imagen del rebaño para referirse al pueblo y a sus seguidores, en sus dichos se sobreentiende siempre que el Pastor de ese pueblo era Dios. La identificación de Jesús como el Buen Pastor presupone su entrega a la muerte: él es el Buen Pastor porque da la vida por sus ovejas. Desde esta perspectiva postpascual, la imagen del pastor se convierte en una clave para comprender la misión que Jesús continúa ejerciendo en la iglesia a través de sus ministros. Se trata de una misión específica que se expresa en el servicio y el cuidado de los demás discípulos.

12. Una amplia y sugerente reflexión sobre estas consecuencias puede verse en L. Rubio, *Nuevas vocaciones para un mundo Nuevo*, Salamanca 2002, 241-306.

13. Véase L. Rubio, *Nuevas vocaciones...* 247-248.

La elección de la imagen del pastor muestra así cuál es la naturaleza y la tarea propia de ministerio. Por eso, esta imagen tiene preferencia sobre otras que se aplican al ministerio. Es significativo, en este sentido, que la imagen del Sumo Sacerdote, que tiene profundas raíces bíblicas, y que inicialmente podría parecer una referencia más adecuada, no se use apenas en relación con el ministerio. La razón es que esta imagen representa una dimensión del misterio de Cristo de la que participan todos los creyentes como pueblo sacerdotal, mientras que la imagen del pastor representa una dimensión que es específica de los que tienen encomendada una misión con respecto a la comunidad.

Así pues, la elección de la imagen del pastor como clave de la comprensión del ministerio en la teología del siglo XX supone una hermenéutica de los datos bíblicos, una hermenéutica que presupone una comprensión del misterio de Cristo y de su presencia sacramental en medio de su Iglesia.

4. LA PLURALIDAD MINISTERIAL DE LA PRIMERA IGLESIA

Para concluir, quisiera abordar, aunque sea de forma más breve, un tercer aspecto del testimonio bíblico sobre el ministerio que está relacionado, en cierto modo, con la opción hermenéutica de la que acabo de hablar. Me refiero a la experiencia ministerial de las primeras comunidades, en las cuales se fue configurando poco a poco el ministerio tal como hoy lo conocemos.

Las primeras comunidades cristianas conocieron, en efecto, una pluralidad de ministerios¹⁴. La mayoría de estos ministerios no se ajustaron en su forma a la figura prepascual del enviado (*apóstolos*), sino que adoptaron formas que tomaron prestadas de diversos ámbitos de la vida social (la casa, la sinagoga, las asociaciones voluntarias). Esta creatividad que caracteriza al cristianismo naciente revela que la experiencia de los discípulos como enviados de Jesús resultó insuficiente para responder a la nueva situación de las comunidades postpascuales.

¿Quiere esto decir que la experiencia discipular no tuvo ningún influjo en la vivencia ministerial de estas comunidades? De ningún modo. Parece, más bien, que, en medio de esa pluralidad, los diversos ministerios tuvieron como referente no solo la actuación de Jesús, sino también sus palabras sobre la misión. El hecho mismo de que estas instrucciones ocupen un lugar muy importante en la tradición evangélica, hasta el punto de haberse transmitido en dos colecciones independientes (Mc 6, 7-13 y par.; y Lc 10, 1-12 y par., que procede del Documento Q), es ya suficientemente significativo. Más aún, la vivencia del ministerio en la fraternidad apostólica de Pablo, que es la que mejor conocemos, revela que los primeros ministros cristianos tuvieron especial interés en recuperar el

14. Véanse los trabajos reunidos en J. Delorme (ed), *Le Ministère et les Ministères selon le Nouveau Testament*, Paris 1974.

«estilo» de Jesús, y de una forma muy especial su ejemplo y sus recomendaciones sobre el ejercicio de este ministerio como una *diakonia*¹⁵.

Para la configuración del ministerio en las diversas iglesias cristinas ha sido determinante la evolución que se dio en aquellos primeros siglos, pues fue entonces cuando se configuró la tríada obispo - presbítero - diácono que da forma al ministerio hoy en la mayoría de ellas.

El documento del Consejo Mundial de las Iglesias, *Bautismo, Eucaristía y Ministerio* (Lima 1982), expresa bien la forma en que las diversas iglesias han integrado esta pluralidad de ministerios y la temprana evolución de los mismos hacia dicha tríada: «El Nuevo Testamento no describe una forma única de ministerio que debería servir de esquema o de norma duradera para todo ministerio futuro en la Iglesia. En el Nuevo Testamento aparece más bien una variedad de formas que existían en diferentes lugares y tiempos. A la par que el Espíritu Santo seguía guiando a la Iglesia en su vida, su culto y su misión, ciertos elementos de esta variedad primitiva fueron desarrollados y fijados después en una forma de ministerio más universal. Durante los siglos II y III, se estableció una triple forma del ministerio ordenado a través de la Iglesia, con obispo, presbítero y diácono» (Tercera parte, III, 19).

La investigación reciente, sobre todo en ámbito protestante, ha puesto de manifiesto, no obstante, que la pluralidad de términos no refleja siempre una pluralidad de ministerios¹⁶. En algunos casos, de hecho, los términos se refieren a diversas funciones que eran ejercidas por las mismas personas. A finales del siglo primero, como testimonian la Primera carta de Pedro y los Hechos de los apóstoles (1Pe 5, 3; Hch 20, 27), los ancianos (*presbyteroi*), es decir, aquellos que ocupaban un lugar prominente en las comunidades cristianas que se reunían en las casas, ejercían el servicio (*diakonia*) de supervisar (*episkopein*) y de pastorear (*poimainein*) dichas comunidades, y las cartas pastorales reflejan una configuración parecida¹⁷. Estos estudios invitan a dar más importancia a las funciones y, sobre todo, a la forma de ejercerlas.

REFLEXIONES FINALES

La recuperación de las raíces bíblicas del ministerio que promovió el Concilio Vaticano II ha abierto, sin duda, nuevos horizontes a la reflexión sobre el ministerio. Retomando las tres cuestiones que he planteado en mi intervención, quisiera ahora proponer algunas reflexiones para concluir.

15. Véase S. Guijarro, *Servidores de Dios...* 79-85.

16. El estudio ya clásico de R. A. Campbell, *The Elders: Seniority with Earliest Christianity*, Edinburgh 1994, así como el más reciente de B. J. Merkle, *The Elder and Overseer. One Office in the Early Church*, New York 2003, centrados en la figura del *presbítero* (anciano), muestran cómo estos desempeñaban diversas funciones dentro de las primeras comunidades cristianas.

17. Véase J. H. Elliott, *Elders as Leaders in 1 Peter...* 687.

1. En relación con la comprensión del ministerio como *diakonía*, es evidente que el Concilio y la reflexión posterior han identificado un aspecto nuclear que había sido secularmente descuidado. Esta recuperación de la perspectiva evangélica pone sobre la mesa una cuestión que ha influido mucho en la comprensión del ministerio: la de la necesidad, o no, de que la vida de los ministros sea coherente con la misión a ellos encomendada. La controversia antidonatista llevó a afirmar que las acciones de los ministros indignos tenían para los fieles la misma eficacia (de ahí el *ex opere operato*). Aquí parece estar el inicio de una comprensión más formal y jurídica del ministerio¹⁸. Sin embargo, este aspecto no debe ocultar la importancia de la vida de los ministros en el ejercicio de su ministerio.

Esta es una cuestión aún abierta en la reflexión y en la vida de la Iglesia. De hecho, el Código de Derecho Canónico, que en su reforma de 1983 intentó recoger las aportaciones del concilio para la vida concreta y práctica de la Iglesia, no ha incorporado esta comprensión del ministerio como *diakonia*.

La reflexión sobre este aspecto tiene un importante referente en la vivencia ministerial de Pablo y sus colaboradores, que ha quedado expresada sobre todo en la Segunda carta a los corintios¹⁹. Ellos entendían su ministerio como un servicio que solo puede ejercerse desde una profunda unión con Cristo para llevar a cabo el plan de Dios. Por otro lado, es urgente que esta visión se traslade a la vivencia concreta del ministerio, para lo cual sería necesario insistir más en esta dimensión a lo largo de proceso de formación (no solo de la inicial, sino también de la posterior) de los diversos ministros.

2. La segunda cuestión abordada, la recuperación de la imagen del pastor, ayuda a precisar qué es lo específico del ministerio ordenado. Todos los cristianos hacen presente de alguna forma el misterio de Cristo, y todos participan de su sacerdocio. Sin embargo, lo hacen de forma distinta. El ministerio hace presente este misterio y participa de este sacerdocio representando en medio de la comunidad a Cristo Pastor.

En la reflexión conciliar y postconciliar, esta representación de Cristo que es propia del ministerio ordenado se ha vinculado sobre todo a dos imágenes: la Cabeza y el Pastor. Por ejemplo, en *Pastores dabo vobis* se habla de la «relación fundamental con Cristo Cabeza y Pastor» (13-15). Más adelante, sin embargo, al hablar de la caridad pastoral, a estas dos imágenes se añade la de «Siervo» (22), pero esta última nunca llega a tener la importancia de las otras dos.

En el testimonio del Nuevo Testamento, sin embargo, la imagen del Pastor aplicada a Jesús no puede entenderse sin la referencia a su entrega y a su muerte. Es, por tanto, inseparable de la imagen del Siervo, pues lo que define al Buen

18. Véanse las sugerentes observaciones de: M. Löhrer, *La jerarquía al servicio del pueblo cristiano...* 724-726.

19. Sobre este tema puede verse mi trabajo ya citado: *Servidores de Dios...* y el excelente estudio de T. B. Savage, *Power through Weakness. Paul's Understanding of the Christian Ministry in 2 Corinthians*, Cambridge 1996.

Pastor es que él entrega su vida por las ovejas. Esta perspectiva bíblica puede ayudar a entender la relación entre estas tres imágenes que definen la representación que es propia del ministerio. La imagen central no es la de la Cabeza, sino la del Pastor, que es inseparable de la del Siervo. Los ministros cristianos son, ante todo, representación de Cristo Pastor, el cual tomó la forma de Siervo, y solo en cuanto tales representan a Cristo Cabeza. Esta perspectiva lleva implícita una visión contracultural del poder, pues la autoridad que se les confiere a los ministros es para realizar un servicio y tiene una finalidad pastoral.

3. Por último, la cuestión de la pluralidad de ministerios en la primera iglesia nos sitúa en el nivel de las expresiones históricas del mismo. La mayoría de las iglesias cristianas han adoptado con diversos matices la tríada obispo-presbítero-diácono. También la Iglesia católica. Sin embargo, ni la reflexión ni la práctica han avanzado al mismo ritmo a la hora de exponer la naturaleza de estas tres formas de encarnar el único ministerio.

En la Iglesia católica, como es bien sabido, la reflexión conciliar se centró en el ministerio de los obispos, pues son ellos los que poseen el ministerio ordenado en plenitud. En la reflexión sobre el presbiterado quedaron pendientes importantes cuestiones sobre las que la teología postconciliar ha reflexionado²⁰ (Greshake). Sin embargo, la teología del diaconado, que en la mayoría de los casos se entiende como un paso intermedio hacia el presbiterado, y en otros como un ministerio de suplencia (diaconado permanente), requeriría una reflexión más a fondo. El testimonio bíblico, que concibe la *diakonia* como un rasgo común a todos los ministerios, pero también reconoce muy pronto la existencia de un ministerio específico que tendrá una importante función en la iglesia antigua, puede ofrecer pistas en este sentido.

Estas preguntas y sugerencias no agotan la riqueza que la recuperación del testimonio bíblico ha aportado a la concepción del ministerio. Todas ellas confirman que esta visión evangélica del mismo es, sin duda, uno de los logros irrenunciables de la reflexión cristiana en el siglo XX.

20. Un magnífico ejemplo de esta reflexión postconciliar es el libro ya citado de G. Greshake, *Ser sacerdote hoy*.